

“...el 24 de abril de 1970, la más grande protesta estudiantil de la historia de Costa Rica, culminó su larga lucha en contra de un contrato antipatriótico que concedía a la empresa ALCOA la explotación de la bauxita en el Valle del General, en condiciones de clara desventaja para el país...

Bajo el liderazgo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Costa Rica, pero con una enorme participación de los estudiantes de secundaria de todo el área metropolitana, que desde tempranas horas de la mañana comenzaron a paralizar las lecciones en el Liceo de Costa Rica, el Liceo del Sur, el Instituto de Alajuela, el Vicente Lachner, el Liceo de Heredia, y otros importante centros educativos, se concentró en Cuesta de Moras una enorme masa de estudiantes, y también de educadores que se habían sumado a la protesta nacional. La FEUCR había estudiado el proyecto durante más de un año, y tenía sólidas razones para oponerse a una iniciativa contraria al interés nacional...

Mientras tanto, el grueso de la manifestación protagonizaba una batalla campal en contra de la Fuerza Pública, y contingentes numerosos de estudiantes se habían lanzado hacia el oeste, con el propósito de tomar el periódico La Nación. Los carros volcados y los estañones incendiados se veían por doquier, y en cada esquina, piquetes de estudiantes con pañuelos mojados en la cara para contrarrestar los gases, convertían los adoquines en armas de combate...

A medianoche, con decenas de golpeados, hospitalizados y detenidos, y con el centro de la capital destrozado, la calma había sido impuesta de nuevo en la ciudad de San José. El contrato-ley infame fue efectivamente aprobado, pero nunca jamás se pudo ejecutar. Un hito histórico había sido puesto en las calles josefinas, y en el altar de la Patria, por el movimiento estudiantil y popular ese 24 de abril de 1970, como un momento estelar y luminoso en la larga lucha del pueblo costarricense en su ascenso colectivo hacia la libertad. La historia de Costa Rica no volvería a ser igual.

Tomado del artículo “LA BATALLA CONTRA ALCOA” (fragmento)
Marcelo Prieto Jiménez (<http://mea.forum.ijijiji.com/tema-20-mea.html>)

“La huella de abril”, camino al presente.

Presentación de la novela “La huella de abril”, de Alicia Miranda Hevia,

Por Ariel Barría Alvarado,
Panamá, librería Exedra Books,
la noche del 28 de mayo de 2008.

¡Pero si Costa Rica es la Suiza de Centroamérica!”, exclamó mi amiga Haydeé Bermúdez cuando en el programa radial Tertulia Literaria, que dirige el profesor Ricardo Ríos por W Radio, reseñaba la trama de “La huella de abril”, novela que la escritora costarricense Alicia Miranda Hevia ha venido a presentarnos esta noche.

Yo me había limitado a señalar que esta novela refleja una época desde dos planos: el histórico, circunscrito a la América Latina de finales de los 60 e inicios de los 70, influida por los conflictos mundiales que, a la sordina, servían como fondo amenazador en Asia y en Europa. Así mismo, se desarrolla en el plano personal, en el interior de Cristina, adolescente universitaria que entiende que hay una responsabilidad enorme en el hecho de ser joven, aspirante a profesional, en un mundo cuajado de compromisos sociales que comprometen su futuro y el del mundo que quiere llamar suyo.

Y como punto central de ese panorama bifronte existe un hecho social que conmocionó a Costa Rica, y que a la vez da título a la novela de Alicia: las protestas estudiantiles que el 24 de abril de 1970 intentaron oponerse a la oscura maquinación legislativa que entregaba, en condiciones muy desventajosas para nuestros vecinos, parte de los recursos minerales del país a la transnacional ALCOA.

La protesta de aquel abril de hace 38 años, que ahora resuena en el título de Alicia Miranda, guarda semejanzas en el tiempo y en las circunstancias, con los hechos que vivió Panamá el 12 de diciembre de 1947, con el rechazo de los tratados Filós-Hines, con los narrados por el profesor Ricardo Ríos en “Memoria de mis memorias”, acaecidos en mayo de 1958, y con los aciagos días de enero de 1964, pues su denominador común, en Costa Rica y Panamá, fue el grito airado y justo, patriótico y sonoro de pechos jóvenes, de estudiantes púberes, que se abrogaron la dignidad de una nación para enfrentar a los que la mancillaban, en fechas que hasta hoy son consideradas páginas gloriosas, reivindicadoras, en nuestros respectivos istmos.

Es cierto, tal como decía Haydeé, para los panameños, Costa Rica ha sido “La Suiza de América”, pero una Suiza rodeada de cumbres borrascosas, próximas y lejanas, en particular en los años que son el marco de esta historia. Recordemos algunos de los hechos capitales que marcaban esas fechas, y que es primordial tener en cuenta al momento en que leamos esta historia, porque justifican el estado anímico de la protagonista, y señalan el camino de los otros personajes de la historia:

- El 28 de agosto de 1968 es ejecutado el embajador estadounidense en Guatemala, John Gordon Mein, en un intento de secuestro por parte de una vigorosa fuerza guerrillera que cobraba auge por ese entonces. Dos años después, en abril de 1970, correría la misma suerte el embajador alemán federal Kart Von Spreti, luego de haber sido plagiado por irregulares.

- En 1968, en Panamá se produce un golpe de Estado militar, que depone a un gobierno que representaba a su vez a un sistema oligarca, corrupto, y que de inmediato asume uno de los compromisos sociales más inmediatos: la reivindicación de la soberanía panameña en la Zona del Canal, lucha que había costado ya decenas de vidas.

- En El Salvador, Salvador Cayetano Carpio, alias “Comandante Marcial” fundaba en 1970 las Fuerzas Populares de Liberación, ente guerrillero, uno más en el panorama cruento del país más pequeño de Centroamérica.

- En octubre de 1970, un comando del nicaragüense Frente Sandinista de Liberación Nacional ejecuta la operación ‘Juan Santamaría’, en San José, consistente en secuestrar un avión de LACSA hacia Cuba, con 24 personas a bordo con el objetivo de liberar a uno de los principales líderes del sandinismo, Carlos Fonseca, detenido en Costa Rica.

- En 1968, en París, se produjo la revuelta estudiantil del 3 de mayo, de profundas connotaciones intelectuales, que influyó mucho en el contexto juvenil y obrero de Occidente.

- En el mundo, esta es una época de oposición a la Guerra de Vietnam, y hay movimientos que favorecen esa postura. Hay que recordar la vigencia, por ese

entonces, del movimiento hippie, y los postulados sociales de este y otros fenómenos contraculturales.

- En 1973, el presidente socialista chileno Salvador Allende es depuesto en una sangrienta asonada liderada por un comandante militar cuyo nombre no vale la pena mencionar en este acto, quien luego habría de ser reconocido como figura epónima de una época de horror y sangre en ese país.

Y podríamos citar más fechas, en especial las consecuencias que esas ocasiones tenían en concepto de muertos, de exilios, de encarcelamientos, de fragor de lucha. Es decir, la Costa Rica que pinta Alicia en su novela “La huella de abril” refleja el tronar de esas batallas cercanas, de esas amenazas en ciernes que rodeaban a su país, a su vida, aun cuando los avatares del destino la llevaran a otras partes del mundo, en busca de nuevos horizontes, pero siempre perseguida por la sensación de que algo debía hacerse por el futuro de la nación propia, en aquella coyuntura violenta y asechante, y que a final de cuentas es la que da la madera para construir a Cristina, la protagonista.

Como lo dije antes, hay otra batalla no menos importante que se desarrolla en la novela, y es la que vive en carne propia Cristina, protagonista que aparece vinculada a su origen burgués, encaminada hacia la adopción y reverencia de los modelos sociales imperantes en las sociedades latinoamericanas, en donde bastante emancipación logran las mujeres con obtener una educación digna, pero luego deben sujetarse a su papel de esposas del mejor partido disponible en su entorno socioeconómico y, mejor aún, alcanzar el nivel de madres multíparas, abonando la sombra de aquel esposo que, más le conviene, haya resultado protector, fiel y próspero.

Ese es el camino que está marcado para ella, pero también la sonsacan las llamadas sociales de su generación, que actúan a modo de conciencia, indicándole que hay otras avenidas para realizarse, mediante una acción de lucha popular que destrone el “establishment”, que reivindique al pueblo, que defienda los derechos de los desposeídos, que entrone al proletariado donde se destrone a los burgueses, y que reniegue de lujos pequeño burgueses, como podría ser ir vestida de traje largo a la boda del hermano.

Entre esas dos fuerzas veremos transitar a la Cristina de “La huella de abril”: por un lado la conciencia social que le reclama su alejamiento de las auténticas necesidades del pueblo;

por el otro la reverencia que debe a su origen, a su familia, a los valores aprendidos, a la educación recibida, a su responsabilidad como persona ante sí misma.

Alrededor de la duda y la perplejidad de Cristina veremos el desfile de otros personajes, en escenarios como Chile, Estados Unidos, Francia, todos ellos dueños del papel que creen más apropiado para sí mismos, siempre en relación con el contexto local y, en algunos de ellos, con el contexto global.

Resumo: la novela que ahora nos ofrece Alicia Miranda Hevia, en esta segunda edición, retrata no solo hechos que ocurren a una gama de protagonistas, sino que recogen una mirada amplia a una época en las que germinaron un gran número de conflictos cultivados desde la primera mitad del siglo XX, pero en el que también se sembraron gran parte de las tempestades que esta generación está cosechando hoy.

Todo se cuenta con una prosa sosegada, descriptiva, en algo emparentada con la del argelino Albert Camus, no en la indiferencia del protagonista de “El extranjero”, pero sí en la raíz existencialista que subyace en la narración de “La huella de abril”, a medida que la narradora evoca las historias que en la trama decide contar desde una habitación parisiense, guardando distancia de los hechos precedentes, pero convencida de que estos la marcaron indeleblemente.

Bienvenida Alicia, aquí en Panamá los escritores luchamos a diario por abrirnos espacios propios, en los que campee la memoria, el testimonio, la voz, la palabra. Tú, muy cerca de aquí, en tu país, haces lo mismo. Gracias por venir a compartir esos esfuerzos en este punto de encuentro en donde tantas veces hemos urdido complicidades literarias, a las que te sumas ahora con derecho propio. Estás en casa.